

tales como el de culpa, enojo, inadecuación, dolor, o triunfo. Se puede convertir en "retrato" si hay una tercera persona fantasma comprometida: "sólo tengo orgasmos con mi marido cuando pienso en otro". Pe-

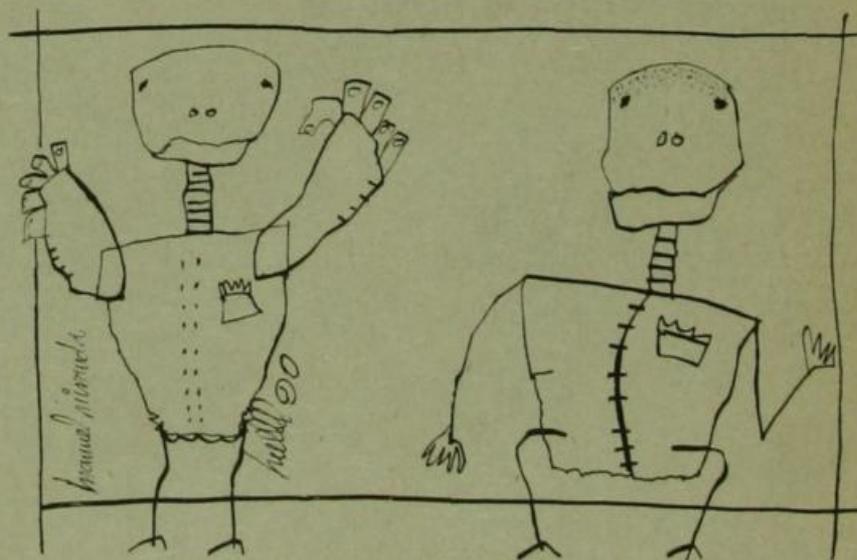
ro en los orgasmos del abandono, hay al menos honestidad en la acción, aunque no así todas las veces en el pensamiento. Como bien nos damos cuenta, después de haber expuesto estos característicos casos, las mujeres también a través de la intimidad estamos obligadas (a veces) a usar ciertas armas con las cuales defendernos. Lo paradójico de todo esto es que la que acaba usando el sexo como defensa se convierte a su vez en la propia víctima. El sexo antes que nada es el resultado de la evolución y la supervivencia de los más aptos, y los seres humanos están encima del montón. Los seres humanos son los únicos que se divierten con el sexo, y el sexo humano es el mejor (al menos para los propios humanos), de modo que como patrióticos miembros de la raza humana, todos deberíamos estar orgullosos de él. Y cuanto más magnético sea el sexo, más lejos se aventurará a buscarlo el organismo, y más riesgos asumirá. Por ende, desde el punto de vista biológico, el sexo y sus placeres constituyen un excelente medio para la reproducción de una gran variedad de organismos que viven en gran variedad de circunstancias y para la evolución de formas de vida más adaptables y aventuradas. Tomémoslo como lo que es: la fuerza para la vida y no como un medio para la destrucción, basta ya de su "manipulación" para conseguir a la larga unos fines que no nos llevarán a ninguna parte. 

Una epidemia llamada violación

Anilú Elías

Los homosexuales se indignaron de que no investigaran luego luego el Sida por considerarla una enfermedad "propia de su sexo" y propia, además, de su mala conducta. Mala entre comillas, claro.

Las mujeres deberíamos haber protestado, no hoy, sino hace milenios, contra una epidemia mucho más grave, dañina y mortal que el Sida y que afecta, no a miles sino a millones de mujeres: la violación. Y si usted me está tachando de exagerada al leer estas líneas, le sugiero que piense en la invasión de Nankín por los japoneses en 1936 donde se calcula que unas 200,000 mujeres fueron violadas por la tropa; pero, para no remontarnos a la historia, donde cada invasión, cada guerra, cada saqueo implicaba la violación de las mujeres vencidas, ubiquémonos en nuestro país donde se



declaran violaciones en los cientos de miles, pero las que no se denuncian (en el área rural, donde tomar a una mujer por la fuerza es algo tan natural como co-

mer), podrían sumar millones y no hablaremos de la violación dentro de una relación establecida, como matrimonio o unión libre, donde el amo y señor hoy día todavía considera que el derecho de pernada es tan suyo como lo era en la época medioeval.

Pero, denuncias aparte, ¿no valdría la pena ahondar en el fenómeno, para no quedarnos en la denuncia y el castigo? (Que se aplica poco, pero algo es algo). Porque cuando algo ocurre en los miles, ya no es un fenómeno aislado ni problema de un violador raro y enfermo. ¿Qué le pasa al hombre que necesita violar? ¿Qué hace que este fenómeno persista milenio tras milenio? No podemos quedarnos en la superficie y hablar de machismo, de patriarcado, de simple prepotencia. Hay muchas formas de expresión de estas lacras de la humanidad, pero la violación es más grave, porque no se da sólo entre enemigos o extraños, hay niñas y niños violados por su propio padre, abuelo, tío carnal. . .

Por mi parte, aventurarme en la teoría es casi un vicio, aunque sé que cualquier hipótesis hay que tratar de validarla y que, en este caso, no tengo con qué, más que una corazonada.

Es tan aberrante el hecho de violar, tan antinatural, tan inexistente en otros animales, que hay que buscar sus orígenes en la infancia. Pero no en la suya, la de aquel o éste: en la infancia colectiva, la de todos los niños. El hecho de que la madre sea la persona en quien recae toda la responsabilidad y el derecho de educar permite, aun en la mejor madre, un cierto grado de arbitrariedad, de prepotencia. El niño pequeño, sobre todo en los primeros años, debe seguramente contemplar a esta persona que es dueña de su vida y su muerte como un ser prepotente, casi omnipoten-



te, con la capacidad de hacer de él lo que quiere. La niña también, pero ella aprende pronto que ella va a ser madre, o sea, a tener un poder similar. El niño tarda más en asimilar su papel en la reproducción, pero aprende pronto que sí tiene en su cuerpo un órgano distinto, algo diferencial entre su cuerpo y el de aquella o aquellas que detentan tan enorme poder: su pene. ¿Con qué podrá él en el futuro agandallar, apantallar, impresionar y hasta someter a aquellas poderosas —ex poderosas luego en la vida adulta, pero aún no lo sabe nuestro pequeño violador— mujeres-madres-omnipotentes dueñas de su vida? Con un pene, obviamente. Pero ese pene no podrá mostrarse en plan tierno, dulce y cariñoso con aquellas poderosas, fuertes y arbitrarias que dejaron la huella indeleble en la primera y borrosa infancia. Tiene que mostrarse violento, omnipotente, dueño de la vida y la muerte igualmente. ¿Por qué, si no tantos violadores amenazan con armas, con golpes y con matar a la víctima si no cede? ¿Por qué, si no tantos violadores pierden el interés de violar cuando las mujeres ceden de buena manera (como una defensa, obviamente, no como los hombres creen, porque les gusta) o dejan de oponer resistencia?

Si los psicoterapeutas, sociólogos, psicólogos sociales y demás estudiosos de la conducta quisieran dejar de ver el micro (el caso individual de su diván personal) y quisieran contemplar el macro, dejarían de ver cada árbol y verían el bosque y tal vez entre todos dejaríamos las hipótesis, llegaríamos a certezas y tal vez podríamos —también— empezar a actuar contra esta poderosa epidemia, en lugar de tratar caso por caso que no conduce a nada. 

